

NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

LO PROFUNDO, LO VIVIENTE Y LO BELLO

A la vista de las espléndidas fotografías de A. Feininger descubrimos en dos artículos anteriores una singular relación de proporcionalidad entre la belleza y la perfección orgánica (1). La contemplación de las formas nos llevó a la siguiente pregunta: ¿Qué relación existe entre lo *profundo*, lo *viviente* y lo *bello*? Intencionadamente he dejado abierta esta interrogante para darle en el presente artículo una más amplia y cumplida respuesta. Pues es éste uno de esos temas que no se dejan abordar con violencia, antes piden un cierto tempo lento y un espíritu flexible que se vaya acomodando, un poco por ósmosis, a la rica ambigüedad del mismo.

Muy a menudo se califica de *profunda* una idea, un sentimiento, una obra literaria o artística, y ello dirige la mente hacia un ámbito de selección, segregado del mundo más a mano de lo superficial y vulgar. Pero si se nos insta a precisar con rigor el alcance de esta calificación, seremos sorprendidos en una notoria perplejidad. ¿Qué se entiende por *profundo*? ¿En qué se diferencia, a punto cierto, una idea *superficial* y una idea *profunda*?

Nada más importante para el logro de una acción humana auténtica en cualquier rama del saber que el esclarecimiento de esta cuestión.

El intento de este trabajo es mostrar que lo profundo no se da "debajo" de lo superficial, sino en un plano superior, o lo que es igual, no sustenta lo superficial en un sentido espacial, como los cimientos a un edificio, sino en un sentido expresivo, como el

significado de una frase funda la unidad y vida interna de las palabras y sonidos que la integran, como el amor une a los hombres en el seno de la comunidad.

"Sólo hay profundidad auténtica—escribe Marcel— allí donde una comunión puede ser efectivamente realizada; no lo será jamás ni entre los individuos centrados en sí mismos y, por consiguiente, esclerosados, ni en el seno de la masa, del estado de masa" (2).

La profundidad aparece aquí estrechamente ligada a la forma de unidad orgánica que procede de la vinculación de elementos diversos en un todo jerárquicamente superior. Lo profundo se distingue, pues, polarmente de lo abstracto, y se opone a los productos típicos de la abstracción: el Individualismo, el Colectivismo, el desarraigo en todas sus formas, que no son sino modos diversos de disolución.

Esto nos revela que la categoría de profundidad alude positivamente a *dominio* sobre el tiempo y el espacio, no a *intemporalidad* e *inespacialidad*, o a una "representación estática de un invariante que no sería sino un puro abstracto" (3). Al analizar el modo de perduración de los entes que son objeto de estudio de las diversas disciplinas, se advierte en algunos una dimensión específica que los sustrae, en diferente medida, a la mera discursividad temporal y a la distensión espacial. Por un seguro instinto se habla entonces de profundidad, sin duda por adivinar el carácter fundante de estos aspectos del ser.

Lo profundo tiene un extraño poder de vinculación que se ejerce por vía de inspiración entelequial interna. Lo profundo es fuente de actividad orgá-

(1) Cfr. ARQUITECTURA, núms. 58, 59, octubre, noviembre 1963.

(2) Cfr. Los hombres contra lo humano, pág. 208.

(3) Cfr. Troisfontaines, R.: De l'existence à l'être. I, pág. 256.

nica, vital, que se define como unidad y fuerza. Sólo hay unidad verdadera a través de lo profundo, pues por tal se entiende lo que está a un nivel superior, y la experiencia nos advierte inequívocamente que sólo perdura la unión fundada en una jerarquía ontológica.

Lo profundo goza de una forma superior y eminente de espacio-temporalidad que no debe ser interpretada precipitadamente como mera ausencia de toda *discursividad* espacio-temporal. René Le Senne se cuida de advertirlo: "Lo intemporal, en virtud del cual se niega el tiempo, puede ser entendido de dos maneras (...). El espíritu se ve invitado a inclinarse hacia un intemporal que sea *no menos que el tiempo, sino más que él*. La eternidad es esta unidad que debe ser superior al tiempo, engendrar todos los instantes y sobrevivirlos, de tal suerte que el tiempo despliegue su fecundidad, pero sin poder gastarla. Se la podría llamar sobretemporal" (4).

La eternidad representa el grado supremo de profundidad por implicar un dominio absoluto de la dimensión espacio temporal, y engendrar así un modo supremo de inmediatez y de presencia: "... Si yo fuese eterno, participaría *inmediatamente* en la realidad toda, sería acto de atención única al universo, sin inmovilizar, no obstante, o abstraer a éste" (G. Marcel) (5).

Con certero sentido vinculó Nietzsche *profundidad* y *eternidad*:

El dolor dice: pasa...

Pero el placer quiere eternidad.

Quiere profunda, profunda eternidad... (6).

Pero otro gran intuitivo, Hölderlin, hermanó lo profundo con lo viviente: "Wer das Tiefste gedacht, liebt das Lebendigste" (7). ¿Qué extraño vínculo une entre sí lo eterno y lo viviente? A mi juicio, la condición *superobjetiva* de las realidades profundas, a cuyo contacto entra el hombre en participación con el ser. La "nostalgia del ser" (Alquíé) no es sino la tensión ontológica que pugna por evadirse de la superficialidad de lo "objetivo". Es en el fondo la llamada de la personalidad. "Yo no soy ni mi pasado, ni mi presente instantáneo, ni a *fortiori* mi porvenir (que todavía no existe). Yo no puedo identificar el ser al devenir temporal, fílmico. Debo buscarlo en el sentido del presente absoluto, en la actualidad en profundidad. No hay ser sino en la eternidad" (Marcel) (8).

La profundidad pende, pues, de la capacidad de perduración, y ésta se da en relación directa con la nobleza ontológica de un ser. "Un sentimiento será

verdaderamente profundo si mi esencia misma está comprometida en él. La esencia de mi ser". "Lo profundo es ontológico, más allá de la existencia. La esencia ontológica debe ser considerada mucho menos como un 'objeto' esclarecido, y, a *fortiori*, descriptible que como un hogar a la vez cercano por su claridad, y lejano, porque yo no puedo alcanzarlo" (9).

Pero hay que guardarse muy bien de entender esta lejanía como *inaccesibilidad*, porque estas categorías espaciales, al proceder del ámbito de los seres objetivos, "se revelan inadecuadas al mundo de la esencia o de lo trascendente, al mundo del ser" (10), de modo que lo físicamente lejano puede ser de hecho, en el plano espiritual, lo más cercano, y la proximidad puramente objetiva, física o vital, al no poder florecer en "presencia" (categoría eminentemente superobjetiva), engendra la distancia del desconocimiento mutuo.

Lo profundo es trascendente, pero no inaccesible; es externo en alguna manera, pero nunca extraño. Lo externo trascendente, visto con amor, se traduce en fuerza de personalidad, y de ésta brota la intimidad entre los entes. Sólo hay comunión verdadera entre realidades profundas. Lo profundo causa esa extrañeza que es asombro y raíz de vinculación, no de alejamiento. A su presencia sentimos la emoción que nos produce cuanto posee la sugestión de lo ausente y afecta, no obstante, a las cuerdas más sensibles de nuestro ser. Por eso no es profundo lo *insólito*, por lo que tiene de desarraigado y solitario, sino por lo que entraña de *unificante*. Las grandes ideas son profundas por poseer la clave de todo un mundo de realidad. *Profundidad y jerarquía se implican*. "Una idea profunda parece venir de lejos y va lejos; es heraldo de un proceso que se prolonga en el tiempo y aboca a un más-allá que no es más que presentido, anticipado. Lo curioso es que lo lejano entrevisto no es sentido como algo espacial 'distan-ciado', sino, al contrario, como algo 'absolutamente cercano'." El sentimiento de esta nueva dimensión no tiene nada que ver con la concentración voluntaria; la profundidad responde más bien al relajamiento de un esfuerzo, pero un relajamiento por lo alto" (Marcel) (11).

Es profundo quien "baja a las madres", es decir, quien se sitúa al nivel en que la realidad nos descubre su trama interna. Es profunda la observación que nos descubre la *intimidad personal*, digamos así, de una obra determinada de arte: ese núcleo irreductible con el que entra en relación viviente el espectador sensible al diálogo. Profundo es el sentido que alienta en lo meramente puntual y discursivo, el tras-

(4) Cfr. *Introducción a la Filosofía*, El Ateneo, Buenos Aires, 1954, pág. 105.

(5) Cfr. *Troisfontaines: Ob. cit.*, I, pág. 258.

(6) Cfr. *Así habló Zaratustra*.

(7) "Quien ha pensado lo más hondo ama lo más viviente".

(8) Cfr. *Troisfontaines: Ob. cit.*, págs. 258-59.

(9) *Ob. cit.*, pág. 259. Los subrayados son míos.

(10) Cfr. *Le mystère de l'être*, I, pág. 208.

(11) Cfr. *Ob. cit.*, I, pág. 256.

fondo de las realidades expresivas. Es profundo el intérprete que hace de su ejecución un acto expresivo, el conversador que transporta a su oyente a un mundo de significaciones, el filósofo que está intelectualmente en trance de trascendencia. "La idea más profunda es al mismo tiempo la que parece más natural, no porque es banal, sino porque es nueva, y corresponde a la presencia en mí de un vacío (no sentido por lo demás como tal), de una ausencia activa y de una especie de llamada hecha por ese vacío. Así sucede en el amor y en el arte más elevado" (12). *Lo profundo sugiere un ámbito de intimidad, de fuente interna de vida.* El conocimiento de lo profundo conjura de nuevo el viejo problema de la captación de la interioridad viviente de los seres (13).

La profundidad corre suerte pareja con la *intimidad*, entendida como una *caracterización ontológica*. En este sentido habla Sciacca de "interioridad objetiva". Pues la interioridad no es lo que suele llamarse introspección, ni la mera inmanencia, sino la intimidad de los seres abiertos a la presencia de Alguien que está en nosotros sin ser nosotros (14). La interioridad es profunda cuando es humilde y no aboca a la soledad de desarraigo, sino al diálogo "objetivo" (léase "no-subjetivo") con lo trascendente (15).

La profundidad indica personalidad, es decir, distinción en ámbito de intimidad, que es un grado de nobleza ontológica superior a la aridez de la oclusión inmanentista del egoísmo solipsista. "El elemento objetivo, constitutivo de la interioridad, como dado al sujeto y no puesto por él, plantea el problema metafísico de su origen. De ahí que la profundidad de la estructura del hombre imponga, como tal, el problema de su génesis" (16).

En su espléndido estudio sobre "la profundidad del objeto estético" (17), afirma Dufrenne que una obra de arte es profunda si es la razón de sí misma. La Fenomenología vendría a ser, según esto, la descripción de la autogénesis de la intimidad de los entes. ¿Cómo adivinar desde "fuera" el proceso de autoconstitución de un ente con intimidad? Por muchas razones en cuyo examen no es posible entrar aquí, podemos decir que son íntimos los seres que engendran ámbitos de presencia, y son profundas aquellas realidades cuya nobleza y libertad ontológicas fundan una donación por vía de presencia. La profundidad es fecunda por ser dialógica. Entre profundidad, intimidad, intuición y presencia se establece un vínculo revelador, que nos insta a buscar la esencia de lo profundo en su capacidad de autoexpresión. Lo profundo es lo expresivo, esa forma de realidad cargada de sentido que es toda ella palabra viviente

(12) *Ibíd.*

(13) Véase mi obra *Metodología de lo suprasensible*, páginas 74-77.

(14) Cfr. *L'intériorité objective.*, Fratelli Bocca Editori, Milano, 1962, pág. 64.

(15) *Ob. cit.*, pág. 66.

(16) Sciacca: *Ob. cit.*, págs. 66-67.

(17) Cfr. *Phénoménologie de l'expérience esthétique*, pág. 468.

de algo que supera los medios de expresión. Por eso lo auténticamente profundo no es exótico, sino natural, cuando es visto por una mente en equilibrio, vale decir, en tensión de trascendencia plenamente humana. De ahí que, si se tiene en forma la capacidad de leer fenómenos expresivos, lo profundo, lejos de ser inabordable, es lo verdaderamente inmediato. Para todo espíritu sensible el primer contacto verdadero con la realidad se realiza al nivel de lo profundo. El conocimiento de los medios expresivos es, por el contrario, fruto de un retorno. A la *inmediatez con lo profundo-expresivo* se contraponen la *inmediatez con lo concreto-sensible*, que es algo opaco, presencia sin relieve que superficializa el espacio y lo deja a solas invadido de impresiones sin sentido. La Antropología, la Estética y la Teodicea actuales tratan de hallar en esta dirección rutas de la mayor fecundidad (18).

Todo esto me fuerza a insistir en la idea de que si bien lo profundo parece aludir a lo oculto, lo que trasciende el ámbito de la experiencia sensible, en Filosofía no cuenta, sin embargo, este carácter meramente negativo, sino la *densidad entitativa* que significa poseer un "poder ontológico de expresión" (Hengstenberg) y darse en la realidad a través de lo objetivo. Esta locución adverbial, entendida en sentido jerárquico-expresivo, nos da la clave de la categoría filosófica de lo profundo. Cuando hay jerarquía y orden hay profundidad, que es riqueza entitativa, flexibilidad y poder expresivo, es decir, capacidad entelequial de configuración orgánica, digamos de "gestaltización". Profundo no equivale, pues, a oscuro o a inaccesible. Lo profundo está a la vista, pero al nivel de lo superobjetivo, a través del velo de los medios de expresión. Nada extraño que el fenómeno de lo profundo se haya revelado a Marcel al meditar sobre el estatuto ontológico del propio cuerpo, que es "palabra" (Ebner), medio expresivo del espíritu.

Por eso no es lo profundo "lo más lejano, sino lo más difícil" (Dufrenne). "La experiencia de lo profundo—escribe Marcel—estaría de este modo ligada al sentimiento de una promesa cuya realización no puede ser sino entrevista. Pero lo notable aquí es, debo añadir, que esta lejanía entrevista no es experimentada como algo que está en un allá ajeno: es, por el contrario, algo muy cercano, pues la distinción espacial y pragmática del aquí y el allá está en este caso trascendida" (19).

En definitiva, lo profundo es lo superobjetivo, es decir, lo que está dotado de un poder de auto-interiorización que confiere al propio ser un ritmo superior

(18) Véanse las obras de U. von Balthasar: *Herrlichkeit, Eine theologische Aesthetik; Das Ganze im Fragment El problema de Dios en la Filosofía actual.* De R. Guardini: *Die Sinne und die religiöse Erkenntnis.* De H. E. Hengstenberg: *Philosophische Anthropologie.* De G. Siewerth: *Philosophie der Sprache.*

(19) Cfr. *Troisfontaines: Ob. cit.*, pág. 495.

al flujo puntual de las realidades "exteriores" discursivas. Dufrenne reconoce que si es reducido el hombre a algo meramente fáctico, discursivo y objetivo, su profundidad se desvanece: "Si yo no soy más que (...) un momento de la historia natural, toda profundidad desaparece." Nada puede impresionar como profundo al "yo-objeto que fuese el resultado de una inmensa evolución"; pero "sí al yo que yo soy, y que se haya ligado ineludiblemente a cuanto hay" (20).

Sólo merced a la experiencia que tenemos de la profundidad que nos confiere nuestra interioridad podemos adivinar la profundidad de los seres. La raíz de lo profundo debe ser buscada en la fuente de la expresividad. Dufrenne escribe: "¿Dónde radica la profundidad del objeto estético, si lo lejano no es más que un signo arbitrario del mismo, y lo oscuro resulta transparente al sentimiento? Hay que buscarlo en el poder que tiene de expresar, por el cual es algo análogo (...) a una subjetividad. Este poder le viene de su interioridad (...). Como en el hombre, se manifiesta ésta por la intensidad de su ser, en una cierta manera de existir, a un nivel que trasciende el plano de la existencia bruta, sumisa a la extensión" (21). Pero este poder ontológico de expresión se funda, como ha visto bien Hengstenberg, en un modo de realidad que añade a la mera permanencia un poder de perduración activa y creadora: "Hay que buscar en otra parte la realidad de la profundidad: es con el ser vivo y con la conciencia con quienes habría que confrontar aquí el objeto estético."

Lo profundo es eminentemente cualitativo y originario (*ursprunghaft*). Hablamos de profundidad allí donde presentimos que algo irreducible ha comenzado a existir. Por eso lo profundo engendra unidad, tensión vital, compromiso y dominio; y se contrapone a la flácida distensión de los meros objetos, sometidos a un tiempo que es mera fluencia de instantes superficiales, sin la trascendencia vertical de una significación. Lo que goza de interioridad se da en la distensión temporal como *tensión*, no como mera *ex-tensión*. "Le profunde brouille le temps et aussi bien l'espace" (Marcel) (22). He ahí por qué lo profundo desborda el orden de la causalidad lineal empírica, y se torna inasible e inagotable. Sólo lo superficial es objeto de manipulación. Lo profundo es raíz de libertad, y toda vida en libertad se da a un nivel en que vige una forma eminente de tiempo y causalidad merced al poder transfigurador del recuerdo y la promesa.

Estas cualidades de lo profundo significan en el plano entitativo un poder de configuración en torno

al cual se centra el orden jerárquico de los seres. Con razón escribe Dufrenne: "A esta verdadera profundidad se halla la profundidad de la objetividad doblemente subordinada" (23). Esta sumisión, que en el fondo es una coordinación, y en definitiva una sublimación de lo que en los seres está sometido a la gravedad, confiere a los entes profundos su admirable capacidad de aliar la mayor firmeza con la más nítida transparencia. Lo profundo es sustante, macizo e inexhaustible. Pero, al entrar con él en diálogo de presencia, se advierte esa característica elevada que distingue a todo ser rico en estructuras. Profundidad no es opacidad y auto-reclusión, sino *interioridad*, y, por tanto, *apertura*, disponibilidad para una vida de diálogo y mutuo reconocimiento. Entre seres profundos que actúan con espontaneidad creadora, el conocimiento espectacular florece necesariamente en participación. "Hombre profundo es aquel que es capaz de abrir un crédito a otro, y descubrir en él una dimensión latente bajo sus actos" (24).

Lo profundo es lo extraño en sentido de irreducible. El mismo Dufrenne lo ha entrevisto así: "La extrañeza del objeto estético nos invita a mejor conocerlo por sí mismo, pero ella no se desvanece a causa de este conocimiento, porque lo extraño es un aspecto de lo profundo, y no un carácter que la reflexión pueda hacer desaparecer como puede transformar lo confuso en claro en las filosofías para las cuales lo sensible no es sino una degradación de lo inteligible; no expresa solamente un defecto de la inteligencia, sino un atributo positivo del objeto que se alteraría si se lo eliminase. Asimismo, lo extraño no puede ser explicado por lo oculto, porque el objeto estético no oculta nada: el sentido de la obra está ahí, todo entero, y, si encierra misterio, es un misterio a plena luz" (25).

Mi artículo titulado "Función, forma y belleza" culminaba en esta frase: "Cuando una realidad, natural o artificial, nos pone en relación viva de presencia con algo que trasciende el mundo empírico y es capaz de fundar con nosotros un ámbito de diálogo, surge ineludiblemente el fenómeno de la belleza."

La capacidad de fundar relaciones de presencia depende a su vez—como se desprende de las consideraciones anteriores—de la *capacidad de auto-expresión que poseen los seres dotados de intimidad y profundidad*. A una visión sinóptica de este complejo de fenómenos, la belleza, la expresividad y la profundidad aparecen estrechamente ligadas en un *trasfondo de misteriosidad común* que no es sino el *enigma eterno de la vida*.

(20) Cfr. *Ob. cit.*, págs. 498-99. Véase acerca de todo esto: G. Marcel: "Le sens du profunde", en *Fontaine* IV, 1946, páginas 586-592; "Le Don Juan de Mozart", par P. J. Jouve, en *Confluences* X, 1943, pág. 519.

(21) *Ob. cit.*, II, pág. 510.

(22) "Sur le sentiment du profunde", en *Fontaine*, abril 1946.

(23) *Ob. cit.*, II, pág. 499.

(24) *Ob. cit.*, II, pág. 503.

(25) *Ob. cit.*, II, pág. 508.